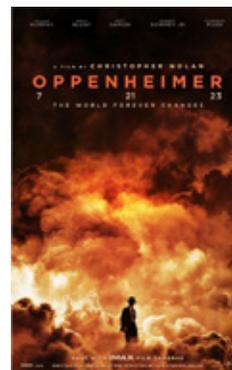


Oppenheimer

Christopher Nolan



Oppenheimer
Christopher Nolan, 2023

BENJAMÍN FERNÁNDEZ



Subdirector de Comunicaciones IdeaPaís

El cine sirve más que para contar historias sobre superhéroes, aunque en estos tiempos esta aseveración parezca difícil de sostener. Ante una industria de Hollywood con cada vez menos margen para hacer cine que no responda a las tendencias comerciales consolidadas, que un éxito de taquilla sea también una buena película es digno de aplaudir. Y si ese proyecto además versa sobre uno de los eventos más contradictorios del país en el que se produce, el escenario es aún más interesante. *Oppenheimer* logra todos estos aspectos.

Como es sabido, las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial se intentaron (y se han intentado) justificar como una acción preventiva para evitar un "mal mayor", que en este caso sería la invasión a Japón, con la posibilidad de que miles de miles de norteamericanos (y japoneses, civiles y militares) perdieran su vida en ese intento. Los horrores causados por las bombas, que temporalmente excedieron con creces al año 1945, han hecho reflexionar durante décadas a la humanidad sobre estos acontecimientos. La sociedad estadounidense conoce de cerca acciones preventivas vergonzosas, como la invasión a Irak, bajo el pretexto de armas de destrucción masiva que nunca existieron.

El séptimo arte, por tanto, también puede ser un catalizador para que las sociedades se atrevan a tratar temas especialmente incómodos, que algunos preferirían esconder o derechamente olvidar. Y esta producción lo intenta de manera atrevida. *Oppenheimer*, de Christopher Nolan (Londres, 1970), invita a reflexionar sobre cómo las mentes más brillantes de ese entonces trabajaron para borrar literalmente del mapa a dos ciudades enemigas, describiendo el proceso de creación y prueba de bombas atómicas del Proyecto Manhattan. Al mismo tiempo, la narrativa viaja por la atribulada biografía de Robert Oppenheimer —el denominado padre de esta apocalíptica arma— y por las vidas de sus amigos-colegas-rivales dentro del mundo científico y académico.

Este proyecto logró, como decíamos, un éxito arrasador en recaudación, pero también lo fue en premios cinematográficos: fue galardonada con el Oscar a Mejor Película en la 93ª ceremonia de la Academia y también se llevó la estatuilla a Mejor Director, Mejor Actor (Cillian Murphy), Mejor Actor de Reparto (Robert Downey Jr.), Mejor Fotografía (Hoyte van Hoytema), Mejor Banda Sonora y Mejor Montaje. En total, siete de las trece a las que estaba nominada. Y no ahondemos en los premios Bafta

de la Academia Británica, los Globos de Oro o los galardones entregados por el Sindicato de Actores, porque la lista sería tediosa. Si bien los premios de la Academia, en particular en estos tiempos de reivindicaciones de política identitaria mediocre, no aseguran la calidad del producto, este éxito inusitado algunas luces nos entrega. Logró conectar con la crítica y la audiencia, coincidencia que hace años no experimentábamos.

De esa enumeración de premios, destaca el papel de Downey Jr. como Lewis Strauss, miembro de la Comisión de Energía Atómica y rival de Oppenheimer desde la burocracia. La historia relata las diferencias que ambos tuvieron sobre los usos que podría tener la bomba atómica una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, con frecuentes saltos temporales de Oppenheimer que pueden confundir a más de un espectador poco atento. Sin embargo, no sorprenderán a aquel que ha seguido la trayectoria de Nolan, ya que al director nunca le han gustado los argumentos lineales ni los guiones "a prueba de tontos".

Es más, Nolan es conocido por la complejidad de las temáticas en las que se desarrollan sus proyectos audiovisuales, y esta producción no es la excepción: al director británico, la ciencia siempre le ha quitado el sueño, y así lo corrobora su filmografía con *Memento*, *Inception*, *Interstellar* y *Tenet*. Todo esto es también sello de su ya mencionado atrevimiento. En sus películas hay un interés constante por ahondar en conceptos elevados que resultan incomprensibles para buena parte del gran público. Sin embargo, en *Oppenheimer*, al mismo tiempo que avanzan los estudios sobre fisión nuclear y la energía atómica, se desarrollan procesos humanos más accesibles, como la responsabilidad moral que significa para el protagonista su creación destructiva y las consecuencias que esta conlleva para la humanidad entera.

Quizás el aspecto más importante de toda la película sean esos dilemas en los que se adentra el protagonista tras la destrucción provocada por la bomba atómica, presentando sus aflicciones en

medio de las investigaciones desarrolladas por las agencias gubernamentales de Estados Unidos. Y se profundizan aún más en su oposición a la bomba de hidrógeno, donde, a pesar de sus escrúpulos, decidió continuar con las investigaciones, que en ese momento eran exploratorias y no enfocadas en la preparación de un arma, según advertiría el propio protagonista en el transcurso de la historia. Inevitablemente, nace la pregunta de si Oppenheimer se dio cuenta muy tarde de lo que estaba haciendo. Y también nos hace cuestionarnos sobre el riesgo que corre la humanidad al olvidar las consecuencias generadas por la utilización de la bomba atómica, la cual posiblemente ha sido hasta ahora —junto con la potencial autodestrucción del mundo— la principal razón para no volver a emplear armas nucleares en la faz de la Tierra.

Evidentemente, los temas centrales que aborda la cinta superan en buena medida la capacidad de cualquier director, incluso de Nolan. Y en parte, eso explica que la película dure tres horas, de la misma manera que también explica que haya líneas argumentativas que no estén explotadas al máximo potencial en la cinta, por ejemplo: el papel de Albert Einstein en el desarrollo vital de Robert Oppenheimer; sus afligidas relaciones sentimentales, o las persecuciones anticomunistas del macartismo imperante en la política estadounidense en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

No es fácil mezclar todos estos elementos, pero aquí, principalmente gracias al sobresaliente Cillian Murphy, todo se logra con mucha elegancia y con una propuesta estética digna de admirar. Como premio, podemos suponer que, a diferencia de la interminable seguidilla de películas de superhéroes, la biografía de Oppenheimer es lo suficientemente compleja y llena de grises como para hacer una segunda, tercera o cuarta secuela. El cine, hoy alicaído a merced del predominio del mercado por sobre la belleza, lo agradece. 